Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

IV Semana de Pascua

Miércoles

Salmo 66

Que te alaben Señor todos los pueblos. Es un deber nuestro, además de una necesidad del corazón, alabar y dar gracias a Señor que, siendo eterno, nos acompaña en el tiempo sin abandonarnos nunca y que siempre vela por la humanidad con la fidelidad de su amor misericordioso.

Podríamos decir con razón que la Iglesia vive para alabar y dar gracias a Dios. Ella misma es "acción de gracias", a lo largo de los siglos, testigo fiel de un amor que no muere, de un amor que abarca a los hombres de todas las razas y culturas, difundiendo de modo fecundo principios de auténtica vida.

Nosotros, la iglesia, nos reunimos cada día para celebrar la eucaristía y alabar y dar gracias al Señor, conscientes de que hemos sido amados por Dios antes de que nosotros fuéramos capaces de amarlo; para expresar nuestra alabanza al Señor por las maravillas que ha realizado (cf. Sal 136); para pedirle perdón por los pecados cometidos; y para implorar el don de la fidelidad en nuestra vida de creyentes y la ayuda necesaria para nuestro peregrinar en el tiempo.

Cuanto más seamos capaces de alabar al Señor y hacer de la vida una perenne acción de gracias al Padre (cf. Rm 12,1), presentada en unión con aquella única y perfecta de Cristo Sacerdote, especialmente en la celebración de la Eucaristía, tanto más el don de Dios será acogido y fecundo en nosotros.

Que Nuestra Señora de la Soledad nos enseñe a ser eucaristía en donde cada uno vivimos, siendo como una Misa continuada alabando a Dios y cumpliendo en todo su voluntad, ofreciendo a Dios nuestro amor y todo lo que somos y hacemos, como un sacrificio prolongado de nosotros mismos.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)